DICCIONARIO

DE

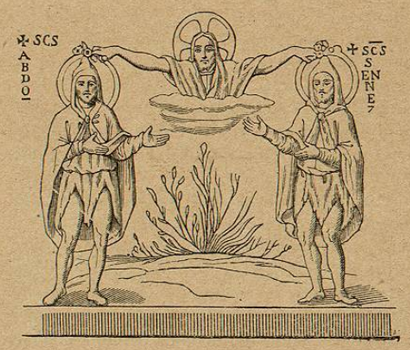
ANTIGÜEDADES CRISTIANAS.

A.

ABDÓN Y SENÉN, mártires. — En la tercera cámara ó aposento del cementerio de Ponciano se encuentra, en forma de adorno, un fresco que representa al Señor, dentro de una nube y visible sólo medio cuerpo, en actitud de colocar con cada mano una corona sobre las cabezas de San Abdón y de San Senén, mártires durante la persecución de Decio (Bottari, I, 202, tab. XLV); junto á ellos se ven á San Milix á la derecha y á San Vicente á la izquierda. Esta pintura aparece en la parte anterior de la tumba de los dos mártires, tumba revestida de ladrillos y que todavía conserva el siguiente resto de inscripción votiva: ONIS, por DE DONIS DEI, etc. Ha sido reproducida en la colección de los Bollandistas (Jul. XXX, pág. 130), para probar la antigüedad del culto de estos Santos, cuyos cuerpos, después de haber estado cincuenta ó sesenta días en la casa del subdiácono Quirino, se depositaron en este cementerio en tiempo de Constantino, si hemos de creer las actas de San Lorenzo, sospechosas en muchos puntos (Baron. *Ad an* 254, n. 27.—Noris. *De epoc. Syro-Macel.*, diss. III, c. 10.—Cf. Anast. *In Nic.* I, sec. 601).

Las pinturas no parecen anteriores al siglo VII. Los nombres de estos Santos han sufrido numerosas alteraciones, como sucede con cuantos se trasladaron del latín á extranjero idioma. Se lee en los fragmentos del calendario publicado por el P. Boucher (*Comment. in Victor. can. c.* XV), con el canon pascual de Víctor de Aquitania: III. *kal. aug.* ABDON ET SENNEN *in Pontiani, quod est ad ursum pileatum;* en el capitulario de los evangelios editado por Fronteau: Die. XXX, *natalis* ABDON ET SENNES; en el antiguo martirologio de Willibrod y en el de Corbie: III. *kal. augusti Romæ,* ABDO ET SENNIS; en el de Francisco Fiorentini: *Natalis sanctorum* ABDO ET SENNES (que no son sino copias un poco distintas del martirologio hieronímico); y, por último, en el martirologio en verso de Wandelbert: ABDON ET ZENNEN.

Dada la rara forma de los vestidos que en la citada pintura llevan estos Santos, daremos algunos detalles de ellos.



Los mártires Abdón y Senén eran persas, y, por tanto, llevan cubiertas las cabezas con el gorro frigio, gorro que también han dado los artistas á los reyes magos, considerándolos naturales del mismo país. En la descripción que Fiorentini hace de este vestido (*In not. ad. martyrol.*, XXX, jul.), dice, hablando de las imágenes de Abdón y de Senén, que tienen

pileatæ, *seu potius acuto capitio et acuta chlamide*, *tunicaque pellicea ornatæ*, «cubiertas sus cabezas de puntiaguda capucha, y visten una clámide terminada en punta y una túnica de piel.» Tengamos en cuenta que la capucha está unida á la clámide, si á tal vestido puede darse un nombre que mejor convendría á la especie de capa que San Milix lleva sobre su túnica. La clámide se sujetaba al cuello con un broche ó hebilla, al decir de San Jerónimo (*De mulier. septies percussa.*, class. I, ep. I): *Lictor paludamento in cervicem retorto*, *dum totas expedit vires*, FIBULAM *quæ* CHLAMYDIS MORDEBAT ORAS *in humum excussit*, «el lictor..... concentrando todas sus fuerzas para acabar con su víctima, hacía saltar la hebilla que abrochaba su clámide.» Y Simmaco, considerando la clámide como una pieza del traje militar, se vale de la misma frase (lib. I, ep. I): *Attica palla tegit socerum: toga picta parentem..... At mihi castrensem quam mordet fibula vestem.* «Por lo que á mí hace, visto un uniforme militar que se sujeta con un broche.»

Pero el *sagum* (saya) y la clámide llevaban el broche en la espalda y no en medio del pecho, como sucede en nuestros dos mártires. Quizá este vestido podría ser el que San Jerónimo llama *ependytem* (*In vit. Hilar.*), palabra griega que San Agustín traduce por *super indumentum* (*Quæst in Judic.*, l. VII, q. 51): el solitario Hilarión usaba este vestido, aunque más tosco y grosero, y que el mismo San Jerónimo denominaba *sagus rusticus*. También podría ser la capa dicha *sacerna* (Polidori, *Immag. de SS. Pietro é Paolo*, pág. 59). Conviene fijarse, asimismo, en que la túnica de los dos Santos es muy diferente de la que usaban los Romanos, no tan sólo porque la de aquéllos era de pieles, sino porque no llegaba más que hasta la mitad de las piernas, quedando á los lados descubiertos los muslos, como se ve en la túnica corta que viste San Juan Bautista en ciertas pinturas, y especialmente en el fresco que, en el mismo cementerio Ponciano, representa el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo (Bottari, tab. XLIV). Es probable que los pueblos de Oriente usaran una túnica también corta, porque su traje se completaba con largas calzas llamadas *saraballa* ó *sarabara* y *sarabula*, ó mejor todavía, *sarabola*, en el corrompido lenguaje de los bárbaros; cuyas calzas se extendían desde la cintura á la punta de los pies, como vemos en las estatuas antiguas de aquellos reyes (Winkelman, *Storia dell'arte*, ed. Fea., t. II, tab. VIII). Los antiguos glosarios describen las calzas del modo siguiente: *sarabara*, *crura tibiæ*, *sive bracæ*, *quibus crura teguntur et tibiæ*.

Respecto al curioso traje de Abdón y de Senén, se encuentran interesantes detalles en la obra de Lami, *De eruditione apostolorum* (páginas 121-166).

La coronación de los dos mártires por Nuestro Señor, alude á la recompensa á que se hicieron acreedores allá en el cielo por su valor y entusiasmo al sufrir el martirio en defensa de la fe. Varios vasos, de fondo de oro, representan á San Pedro y San Pablo y á otros santos coronados igualmente por la mano del Salvador (Buonar., tab. XV, fig. 1, *et alibi*). En las monedas del Bajo Imperio se ve con frecuencia á Jesucristo coronando á dos emperadores (véase el artículo *Numismática*, n. V).

ABEL Y CAÍN. — Los bajosrelieves de algunos sarcófagos representan á Abel y Caín ofreciendo á Dios los productos de su trabajo: éste una gavilla de mies (Bottari, tab. CXXXVII), otras veces un racimo de uvas que tiene en la mano y espigas que se ven á sus pies (ídem, tab. LI); aquél le presenta un cordero (*Gén.*, IV, 3, 4). (Bottari, *Pitt. e scult.*, tab. LXXXLIV.)

Abel es la imagen más antigua del Redentor: como pastor, viste la túnica y la *penula*. Caín, por el contrario, como cultivador, va casi desnudo: se sabe que en los tiempos antiguos el que guiaba el arado no usaba ropas: *nudus ara*, dice Virgilio en sus *Geórgicas* (I, 299). Dios aparece representado por un hombre de edad madura: se le figura sentado sobre un fragmento de roca ó sobre asiento de mimbres, hasta la mitad cubierto con un paño en señal de respeto y veneración: descansan sus pies sobre un escabel ó *suppedaneum*, atributo de dignidad en aquella época.

Por involuntaria distracción, quizá del artista, vesé en este bajo relieve á Dios cogiendo con las dos manos la gavilla de Caín ó dirigiendo la derecha al racimo de uvas que le presenta, como si tales dones le fuesen gratos, lo que, como sabemos, es de todo en todo

opuesto al texto sagrado. Preferible es, más bien que admitir error de tanto bulto en un escultor cristiano, asegurar con Bottari (t. III, página 41) que el movimiento observado en la fisonomía del Criador significa que rechaza los presentes de Caín: el estudio directo de los monumentos resolvería todo género de dudas, porque aun los mismos grabados de la *Roma subterránea* carecen á menudo de la necesaria exactitud.

En este mismo bajorelieve se perciben, en segundo término, ya una figura de anciano, que corresponde á Adán, ya dos, que son Adán y Eva.

En un sarcófago de Arlés se encuentra reproducido el mismo asunto (Millin, *Midi de la Fr.* Atlas, pl. LVII). En éste, Dios se halla vestido, como en el anterior, con la túnica y el *pallium* y enlutado como los filósofos griegos. De mayor mérito todavía es un mosaico de San Vital de Rávena (siglo VI): en él se notan dos figuras: Melquisedec ofreciendo á Dios el sacrificio del pan y el vino, y Abel, que colocado á un extremo del altar, levanta las manos al cielo y ofrece un cordero (Ciamp, *Vet. mon.*, t. II, tab. XXI). Los nombres de estos dos personajes, escritos encima de sus cabezas, destruyen toda duda acerca de lo que representan las figuras (véase el grabado del artículo *Eucaristía*, I, 1.º).

Lo que significa este monumento está al alcance de todos. El cordero ofrecido á Dios por Abel, es la imagen viva del Cordero de Dios que un día sería sacrificado para redimir á los hombres; el sacrificio de Melquisedec, compuesto de pan y vino, significa lo mismo, puesto que representando el sacrificio eucarístico, representa el del Cordero divino. Nadie puede poner en duda que las dos figuras simbolizan idéntico misterio, aunque los personajes en ellas representados vivieran á más de dos mil años de distancia uno de otro: autorizan á pensarlo así, las siguientes palabras del canon de la misa, que nos demuestran esa igual significación: *Sicuti accepta habere dignatus es munera pueri tui justi Abel, et sacrificium patriarchæ nostri Abrahæ, et quod tibi obtulit summus sacerdos tuus Melchisedech.....* «Dignaos, Señor, aceptar estas ofrendas, como os dignasteis recibir los presentes de vuestro hijo el justo Abel, el sacrificio de vuestro patriarca Abraham y el que os ofreció vuestro gran sacerdote Melquisedec.»

ABLUCIONES.—Vamos á ocuparnos en este artículo de las distintas especies de abluciones usadas por las antiguas liturgias.

I. La ablución de la cabeza, *capiti lavium*, tuvo su origen en España (Isid. Hisp., l. I, c. 28, ed. Colón. 1616), y como la liturgia galicana se relaciona por maneras varias con la gótico-española, aparte de que en más de una ocasión tomaran la una á la otra respectivos ritos, no es extraño que el *capitilavium* haya pasado de España á las Galias (Rab. Maur., l. III, *De inst. clerc.*, c. 35.—Cf. Paciaud, *De sacr. baln.*, 112). Esta ablución tenía lugar el domingo de las Palmas, llamado también en lenguaje litúrgico *Dominica indulgentiæ;* elegido fué ese día por consideración y respetos al santo crisma con que debía ungirse la cabeza de los catecúmenos en el día del bautismo sagrado. Es dudoso que este rito haya estado en vigor en la Iglesia romana: una sola orden lo menciona, y es aquella cuya publicación se atribuye á Georges Cassandre (*De ord. Rom.*, in opp. Cassand. París, 1116) ó á Melchior Hittorp (Bibl. P. Lugd., t. XIII). Cree Visconti que el *capitilavium* fué suprimido en todas partes por decreto ó decisión del Concilio de Maguncia de 813, en el que se disponía que la administración del baustismo se hiciera con arreglo á las prácticas de la Iglesia romana. (Vicecom., *De bapt. rit.* l. III, c. 15.)

II. La ablución de los piés, *pedilavium*, es mucho más antigua y de uso más universal en la primitiva Iglesia. Se conocían tres especies:

1.º La *podonipsia*, que se practicaba con los viajeros y con los huéspedes; se conservan recuerdos de esta ablución en la más remota antigüedad: Abraham y Lot lavaron los pies de los ángeles disfrazados de viajeros (*Génesis*, XVII-XIX), etc.; pero concretándonos á los primeros siglos cristianos, sabemos que nuestros padres en la fe, y especialmente los obispos, cumplían con rigurosa puntualidad este deber de la hospitalidad cristiana. Así vemos que Spiridión, obispo de Trimitunta en la isla de Chipre, albergaba cariñosamente en su casa á los peregrinos y les lavaba los pies (Sozom, *Hist. eccl.*, I, 11). Con frecuencia recomienda San Agustín acto tan moral á los clérigos y á los fieles, y San Atanasio ó el autor del libro titulado *Syntagma doctrinæ ad clericos et laicos* (Lutet., 1685, pág. 13), la considera como verdadera obligación. *Ne negligas lavare pedes venientium: culpabuntur enim de præcepti violatione vel ipsi episcopi si sontes fuerint*, «no descuides lavar los pies de aquellos que vienen á ti, porque los mismos obispos serán amonestados por la infracción de este precepto, si culpables fuesen.»

2.º La ablución de los pies figuraba en algunas partes entre las ceremonias del bautismo. Donde el lavatorio de los pies se ejecutaba antes del bautismo (Visconti, pág. 531), se hacía por el mismo obispo, primero en el *Cantharus* del *atrium* (véase esta palabra), y después con agua caliente. Esta ceremonia tenía lugar el Jueves Santo. Después de la ablución besaba el obispo los piés, y en algunos puntos colocaba sobre su cabeza, en señal de humildad, y por tres veces, los talones del catecúmeno (ídem, 541). Parece que la Iglesia romana permaneció extraña á esta práctica. Y he aquí

la ocasión de recordar con San Cipriano (Epíst. LXXV, ed. Fell), que la unidad de la Iglesia no podía perjudicarse porque las ceremonias secundarias que se practicaban en la administración de los sacramentos variaran más ó menos. El autor de los *Seis libros de los sacramentos*, atribuídos á San Ambrosio, asegura que esta ceremonia se celebraba en Milán (véase también á Vicecom., lib. cit., XVII seqq.), que databa de muy antiguo, y que si no se practicaba en Roma, tal vez dependería de ser numerosísimos los individuos que iban á recibir el agua del bautismo. En España estuvo igualmente en vigor, como consta en el canon 48 del Concilio de Elvira, celebrado antes de Constantino, y la Iglesia galicana, que tuvo siempre ritos particulares, lo conservó largo tiempo después del citado Concilio. El cardenal Tomasi ha publicado dos antiguos sacramentarios galicanos que contienen una oración propia para esta ceremonia (*Cod. sacram.*, 900 *an. vetust.*, páginas 335-475). Aunque la liturgia haya sido importada á las Galias por los obispos griegos (Le Brun, *Cérém. de la messe*, t. II, dis. 4), no parece, sin embargo, cierto que la *podonipsia* haya sido, entre los orientales, practicada como preparación para el bautismo (Paciaud, op. cit., 117).

3.º La *podonipsia* se observaba en memoria del lavatorio de los pies de los Apóstoles por Jesucristo: un sepulcro de Arlés nos da conocimiento de ese rasgo de caridad del Salvador, como se ve en el grabado adjunto (*Millin. Midi de la France*. Atlan., pág. 1, LXIV., núm. 1). No están de acuerdo los eruditos respecto al origen del lavatorio de los pies: mientras unos, como Escalígero (*De emendat. temp.*, pág. 570) y Casaubon (*Exercit. in Baron.*, 16), opinan que Jesucristo lavando los pies de sus discípulos siguió la costumbre corriente entre los Judíos, otros, entre ellos Buxfort (*Dissert. de coen. Dom.*), creen que el Salvador es el primero que ejecuta ese acto, quedando desde entonces establecido como ceremonia nueva.

Lo cierto es que, desde aquella memorable ocasión en que el Divino Maestro lava los pies y eleva el acto á la categoría de precepto, disponiendo sea imitada su conducta, ninguna nación cristiana ha dejado de practicarlo el Jueves Santo. Y tal importancia le concedieron los Padres del Concilio de Toledo, celebrado en 696, que impusieron como pena, á todo sacerdote que lo omitiera voluntariamente, la prohibición absoluta de la comunión durante dos meses (Labb., t. VII.—Cf. Paciaud). Pero como todo es bastardeado por el hombre, una secta de anabaptistas, aparecida allá por la décimasexta centuria con el nombre de *Podoniptiæ*, y cuya profesión de fe consistía en observar literalmente los preceptos de Jesucristo, sostuvo y defendió que la *podonipsia* era el verdadero signo distintivo de la religión cristiana; y todavía admitieron esos sectarios, si nos fijamos en sus principales declaraciones, la de Dordrecht sobre todo, que era un sacramento establecido para conseguir el perdón de los pecados (Bayle, *Dict. hist.* art. *Anabaptistes*).

III. La ablución de las manos, χέρνιψ. Común es á todos los pueblos la creencia, que llamaríamos instintiva, de que la ablución de las manos debe hacerse antes de los sacrificios: los Egipcios, los Persas, los Etruscos, los Griegos, en una palabra, todos los pueblos han obedecido siempre á la eterna ley de la naturaleza que dispone que las cosas divinas se traten con perfecta pureza, aun corporal. En apoyo de esta idea pueden citarse el vaso de bronce puesto por Moisés en el tabernáculo (Lamy, *De tabernac.*, tab. III-IV), y el mar de bronce que Salomón colocara en el *atrium* del templo, para que se ejecutasen las abluciones legales: en este gigantesco hemisferio destinado á lavar toda suerte de manchas, se ve, ya una figura de los sacramentos en general, que á su vez lavan y purifican el corazón, ya especial emblema del bautismo, ya, por último, el símbolo de los ríos evangélicos que llevan sus puras y bienhechoras aguas á todas partes.

Pero volviendo á nuestro objeto principal, que es la ablución antes del sacrificio eucarístico, es indudable que su uso data de los primeros tiempos de la Iglesia: era común á los Griegos, Latinos, Maronitas, Armenios y á todos los orientales (véase *Collect. des liturg. orient.*, por Renaudot. París, 1716). Dos interpretaciones pueden darse á esta ceremonia: mística la una, física la otra. La primera se halla explicada en la quinta catequesis mistagógica de San Cirilo de Jerusalén (*In init.*) de la siguiente manera:

«La ablución de las manos significa que el cristiano, en las cosas sagradas, debe mantener siempre puro su corazón.» La segunda resulta de la naturaleza misma de la liturgia antigua.—Respecto á los sacerdotes, sabemos que en los primeros tiempos de la liturgia recibían de los fieles ofrendas que se colocaban

sobre el altar (véase el artículo *Ofrendas*). Con objeto, pues, de no tocar durante el *Acto* de la misa, esto es, desde la consagración hasta la comunión, el pan consagrado, con las manos impurificadas por el contacto de las ofrendas, cuando éstas no consistían más que en pan, se hacían derramar agua en las manos por un ministro (Bingham. *Orig.*, l. XV., 3, 4). Doble prueba en apoyo de esta interpretación tenemos en el orden romano publicado por Mabillon (*Mus. Ital.*, II), y en el libro de Amalariol (*De eccles. Offic.*, III, 9): *Ut extersæ sint*, dice este último, *manus á contactu communium rerum absque terreno pane*, «que las manos deben purificarse después de haber tocado las cosas ordinarias y el pan terrestre.»

¡Elocuente prueba del grande respeto de nuestros padres á la Santa Eucaristía!—En cuanto á los laicos, existía también en aquellos tiempos poderoso motivo que les obligaba á lavarse las manos antes de comulgar; tal era el de no recibir la Eucaristía en la lengua, como se hace hoy, sino en la mano derecha cruzada sobre la izquierda, y después la introducían ellos mismos en la boca (véase el artículo *Comunión*). Considerable número de antiguos monumentos nos prueban la existencia de esa ceremonia: entre otros podemos citar la notable inscripción griega encontrada en Autun ha pocos años, y en la que se lee: «Toma, come y bebe, teniendo ἰχθυς, es decir, á Jesucristo divino pez (véase el artículo *Pez*) en tus manos.»

Ἔσθιε, πινάων ἰχθὺν ἔχων παλάμαις.

Esta disciplina fué anulada en la Iglesia romana desde el siglo VI, en otras desde el IX (Paciaud., op. cit., pág. 127), según aparece de un decreto del Concilio de Tours (ibid.).

Compréndese que mientras estuvo en vigor, la Iglesia haya dispuesto las mencionadas abluciones, como á menudo nos dicen los escritores sagrados, entre ellos San Cesáreo (Serm. CCXXII, in Append. opp. Augustin. edit. Maurin): *Omnes viri, quando communicare desiderant, lavant manus suas*, «cuando los hombres desean comulgar, deben lavarse las manos»; y de una manera más explícita aún, dice San Juan Crisóstomo (t. I. *Hom. ad pop. Antioch.* ed Front. 1621: *Non audes illotis manibus hostiam attrectare, etiamsi mille necessitatibus premaris*, «no osarás tocar la hostia con las manos impuras, si la necesidad no te obliga.»

ABRAHAM (El sacrificio de).—El sacrificio de Abraham era en lo antiguo la imagen del sacrificio de la Cruz. Isaac representaba al Salvador; y el cordero retenido por los cuernos en el zarzal, representaba á Jesucrito coronado de espinas (S. Prosp. *De prom. Dei*, pars. I, cap. 17), ó según San Agustín (*In ps.* L), simbolizada á Jesús crucificado. Figurado este hecho en las catacumbas y en los sitios do reunirse acostumbraban los cristianos, tenía por objeto infundir en los fieles conformidad ante las persecuciones, valor en el martirio, y amor y agradecimiento hacia el Cordero de Dios inmolado por la salvación de la humanidad. San Gregorio de Nysa no podía, sin derramar lágrimas, contemplar la tierna escena que, sabido es, se pintaba con frecuencia en las paredes de las primeras basílicas (Conc. Nic. II, act. 4).

Un bello fresco que trae Bosio y con más fidelidad reproduce M. Perret (vol. III, pl. XX) nos da á conocer la primera parte del drama: Abraham indicando con el dedo el fuego encendido sobre un pequeño altar, é Isaac que acarrea la leña para el sacrificio. De ordinario la segunda y principal escena se representa de este modo: Isaac está arrodillado, ya sobre un altar (Bottari, tab. XV *et alibi*), ó al pie del altar cuando sobre este arde el fuego (ídem, tab. XL), ya sobre un montón de leña (ídem, tab. CXI), conforme al relato del *Génesis* (*super struem lignorum*, XXII, 9), ora sobre la desnuda tierra (ídem, tab. XX), ora sobre informe roca (ídem, tab. XXXVII). El grabado adjunto es copia de un fresco del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro (Bottari, tab. LXXIX).

A veces está formado el altar por dos piedras en pie y una tercera colocada de través sobre ellas, tipo de algunos primitivos altares cristianos (Bottari, tab. CI, n. 5). Los artistas hanlo representado á menudo bajo la forma de los altares profanos, con la patera y *el simpulum* esculpidos á los lados (ídem, tab. XXVII).

Isaac viste una simple túnica; aunque por excepción, se le ve en un fresco del cementerio de San Calixto (ídem, tab. LIX) con una túnica elegantemente adornada con dos fajas de púrpura al extremo de las mangas y en la espalda, y abajo con dos *calliculæ* (véase esta palabra). Lleva las manos atadas á la espalda, exactamente lo mismo que en la pintura mencionada

por San Gregorio de Nysa y que fué citada en el Concilio de Nicea. Alguna vez tiene los ojos vendados, como aparece en un medallón de bronce ilustrado por Buonarotti (tab. I, n. 13). (Véase también el grabado que damos en la página anterior.)

Abraham tiene una mano puesta sobre la cabeza de su hijo, y con la otra levanta el cuchillo dispuesto á herir. Su mirada se dirige hacia atrás, sobre una mano que sale de una nube, cuya mano, en los monumentos cristianos en general, significa la señal de la intervención de Dios y de su Providencia (véase el artículo *Dios*), y que en el asunto que nos ocupa representa la voz del ángel deteniendo el brazo del padre de los creyentes; el mismo ángel se ve en una piedra grabada que citaremos más abajo. A veces está Abraham vestido con una túnica, libre ó ceñida, muy corta (Perret, III-XX.—Cf. Bottari, XLIX), ó que baja hasta los pies (Bottari, tab. LIX); pero es más frecuente verlo revestido del *pallium* (ídem, tab. CLIX), aunque una vez se encuentra vestido como el gran sacerdote de la antigua ley (ídem, tab. CLXI). En un fresco del cementerio de Priscila, vense vestidos Abraham é Isaac con ancha y cómoda *penula*, adornada de fajas de púrpura; este caso nos parece único en su género. El tipo común y admitido del sacrificio de Abraham, es el que acabamos de describir, como se encuentra grabado en forma de bajorelieve en una de las dos secciones de una nuez de mirra hallada en las catacumbas por Boldetti (*Osserv. tab.*, página 298, n. 10). (Véase el grabado del artículo *Nuez*.)

Una tercera escena, consistente en la acción de gracias elevada al Altísimo antes de inmolar el cordero, podría agregarse á las anteriores. En el último fresco citado (Bottari, tab. CLXII), Abraham está de pie sobre el altar; á un lado se ve á Isaac en idéntica posición delante del altar, y como aquél, con los brazos extendidos en actitud de orar; al otro lado el cordero. Poseemos una pintura mural, de época anterior (Bottari, tab. CLXIX, 2), en la que se encuentra Abraham cogido al brazo de su hijo, que está de pie, y levantando el cuchillo por encima de la cabeza del cordero, al cual se ve delante de un altar de donde salen llamas.

Montfaucon (*Antiq. suppl.*, t. II, pl. LV, n. 6), trae un abraxas (véase esta palabra) en el que este asunto se representa de extraña y no común manera: Abraham, completamente desnudo, tiene asido por los cabellos á Isaac que está arrodillado; aparece un ángel que le presenta un cordero, y ordena al patriarca que suspenda el fatal golpe. En cada uno de los cuatro ángulos se ve un ángel con las alas desplegadas, y en el fondo, caracteres griegos ininteligibles.

Antiguos mosaicos, particularmente los que se conservan en San Vital de Rávena, figuran también el sacrificio de Abraham (Ciamp. *Vet. mon.*, I, tab. XX). Se encuentra, asimismo en monumentos de la Galia, como, por ejemplo, en las pinturas ya borradas de un hipogeo de Reims (Le Blant, *Inscri. de la Gaule*, t. I, página 448); y la obra referente á las tradiciones de Santa Magdalena (t. I, pág. 774), reproduce un bajorelieve que representa este asunto ejecutado con un sello asaz extravagante. Abraham, vestido de corta y ceñida túnica y usando un calzado alto, tiene agarrado por los cabellos á Isaac: éste se halla de pie cerca de un altar encendido, viste y calza como su padre. Abraham se encuentra en actitud de levantar la cuchilla; el cordero detrás de él.

Popularizada esta escena entre los primeros cristianos, vuelve á encontrarse en épocas posteriores en toda clase de objetos, aun en las piedras preciosas de los anillos, como en el grabado que damos aquí, copiado del que posee M. Drury Fortuum.

Damos fin al artículo con la descripción del monumento más curioso quizá de todos los que representan el sacrificio de Abraham. Se trata de un vaso orbicular de la colección de Buonarruoti (tab. II, I), que reproducimos á continuación, según el correcto dibujo del Padre Garrucci. (*Vetri ornati di fig. in oro*, tab. II, 8.)

En el momento de inmolar á su hijo, Abraham se detiene, vuelve atrás la cara y dirige sus miradas hacia el sitio donde de ordinario aparece la divina mano; pero en lugar de esa mano ve una cestilla llena de frutos y una cuerda arrollada. Sabemos que entre los Judíos, la cuerda destinada á medir los terrenos se consideraba como símbolo de la herencia. En ella, pues, vemos la señal de posesión de la tierra de Canaán, que Dios había dado á los descendientes de Abraham: *Tibi dabo terram Chanaam, funiculum hæreditatis vestræ* (I. *Paralipom.*, XVI, 18), «yo te daré la tierra de Canaán, como parte de tu herencia.» Los frutos significan la multiplicación perpétua de

la posteridad del padre de los creyentes. Es indudable que el artista colocó esos objetos al alcance de la vista de Abraham para evitar que éste vacilara en su fe en el crítico instante del sacrificio de su hijo; en efecto, si lo lleva á cabo, parece imposible se realicen las promesas de Dios, siendo como es Isaac hijo único. No dudamos, no, en atribuir á los olivos cargados de frutos, que á veces figuran en el cuadro, la misma significación; tal sucede en un bello sarcófago de Aire, publicado por el P. Minasi, jesuíta (*Étud. relig.*, 5.e série, tomo II, n. 10, páginas 506 y siguientes). En efecto, los libros sagrados consideran el olivo como símbolo de numerosa posteridad: «Vuestros hijos estarán siempre alrededor de vuestra mesa como los vástagos del olivo, *sicut novellæ olivarum*» (Ps. CXXVII, 4). Además, los profetas comparan á menudo el pueblo de Dios y su prodigiosa multiplicación, á «fecundo olivo, tan hermoso á la vista como cargado de frutos, *olivam uberem, pulchram, fructiferam, speciosam.*» (Jerem., XI, 16., (Véase también á Oseas, XIV, 6.) Mencionaremos, por último, una curiosa representación del sacrificio de Abraham figurado en antigua cuchara hallada en 1792 cerca de Aquilea (Mozzoni, *Tav. ist. eccl.*, sec. IV, pág. 47.) (Véase el artículo *Adoración de los Magos*.)

ABRAXAS (ΑΒΡΑCAΞ).—I. Este nombre designa ciertos amuletos usados por los gnósticos de la secta de Basílides, heresiarca del siglo II, reinando Adriano.

Observa Baronio en el apéndice al segundo tomo de sus *Anales*, que la verdadera ortografía de esta palabra es *Abrasax*, Ἀβρασαξ. Como sus inventores hablaban lengua griega (Basílides, discípulo de Menandro, era natural de Alejandría), justo es que para estudiar dicho término recurramos á los Padres griegos; de ellos, los que, como San Epifanio (*Hær.* XXIV, números 7 y 8), Teodoreto (*Hær. et fabul.*, l. I, c. 4) y San Juan Damasceno (*Hæer.* XXIV), se han ocupado de esta clase de amuletos, escriben invariablemente Ἀβρασαξ. Los Padres latinos escriben Abraxas: si San Ireneo parece ser una excepción, débese á que el capítulo en que trata del asunto, llega á nosotros en latina versión. San Jerónimo presume que la transposición de la Ξ en lugar de C fué obra de los copistas, que fué admitida entre los latinos por el uso, aunque en los textos griegos, como en las inscripciones de las piedras grabadas, con rarísimas excepciones se lee ΑΒΡΑCAΞ (véase Montfaucon, *Antiquit. expl.*, t. IV., pl. CXLV-CXLVIII *et passim*).

Los museos de Europa poseen gran número de esas piedras grabadas: además de la palabra ΑΒΡΑCAΞ, se lee en ellas también el nombre sagrado ΙΑΩ, que corresponde á JEHOVÁ, *Sabaoth*, *Adonai*, acompañado de figuras humanas con cabezas de gallo, de perro, de león, de mono, de esfinge: esta segunda inscripción aparece en el anverso, la primera en el reverso. Vense en esas piedras á Osiris, Serapis, Harpocrates, Canopo, el escarabajo, y, en una palabra, cuantos objetos y cosas contaban los Egipcios en el número de sus divinidades; porque las doctrinas de estos sectarios eran extraño y monstruoso conjunto de los dogmas cristianos con las extravagancias de esa nación, quizá la más supersticiosa de todas. Algunas piedras están cubiertas de caracteres confusamente formados de letras griegas, fenicias, hebreas y latinas, que nada dicen y nada significan.

II. Respecto á los abraxas propiamente dichos y á la significación que les daban los gnósticos, preferimos consultar á los Padres que tratan de la materia: tiene la palabra San Ireneo: «A ejemplo de los matemáticos, dice (lib. I, cap. XXIV), fijaban la situación local de trescientos sesenta y cinco cielos: han adoptado sus teoremas para basar en ellos el carácter de su doctrina: sostienen y afirman que Abraxas es el primero de esos cielos, y que por esta razón él solo representa el número trescientos sesenta y cinco.» Veamos ahora lo que Tertuliano dice en su libro de las prescripciones contra los herejes (cap. XLVI): «Aparece después el hereje Basílides: éste admite un Dios supremo, llamado Abraxas, creador del Espíritu, á quien designa con el nombre griego νοῦν: de éste procede el Verbo, quien á su vez origina la Providencia, la virtud y la sabiduría. De estos proceden los bienaventurados, las potestades y los ángeles: después vienen innumerables categorías de ángeles, y por éstos han sido hechos trescientos sesenta y cinco cielos, y un mundo en honor de Abraxas, cuyo nombre contiene el citado número. Además, entre los ángeles que han hecho el mundo, coloca en último término el Dios de los judíos, es decir, el Dios de la ley y de los profetas, que niegan sea el verdadero Dios, y á quien simplemente considera como ángel. Asegura que la casualidad le hizo elegir la raza de Abraham, y trasladar á los hijos de Israel desde el Egipto á la tierra de Canaán: asegura también que este ángel es el más revoltoso de todos, y esa cualidad origina las turbulencias, las guerras y el derramamiento de sangre: dice que Cristo fué enviado, no por el creador del mundo, sino por Abraxas, y que vino como divinidad y no con forma humana: que no sufrió ni padeció entre los judíos, ni fué crucificado, siéndolo en su lugar Simón, de modo que no debe creerse en el que sufrió el suplicio de la cruz, porque se creería en Simón.» San Jerónimo, á su vez, cita á menudo al *monstruoso* Abraxas de Basílides, calificativo que le da en su comentario al capítulo III del profeta Amos: «Basílides llama á Dios Todopoderoso con el monstruoso nombre de Abraxas, y supone que, según el valor de las letras griegas y el número de los días